

**VICHY NO FUE FRANCIA. LAS RELACIONES
FRANCO-ARGENTINAS (1939-1946)**
**Pelosi, Hebe Carmen, Buenos Aires,
Grupo Editor Latinoamericano, 197 pp.**

El estudio de las relaciones internacionales entre Argentina y los Estados Unidos ha merecido mayor atención de los investigadores que las relaciones con Francia, debido al grado de conflictividad que presentaron las primeras. La Dra. Hebe C. Pelosi realiza una investigación con invaluable documentación y la incomparable perspectiva que la historia puede dar. Al consultar los Archivo del Quai d'Orsay, la Biblioteca Nacional de Francia, los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino y uruguayo, la autora compuso un complejo retrato de orden internacional, político y jurídico de la Argentina durante los años que duró la Segunda Guerra Mundial (1939 – 1945).

A través de la lectura de la obra, accedemos a la comprensión y explicación que produjo en la sociedad argentina el proceso abierto con la ocupación de París por las fuerzas alemanas, a sólo nueve meses de comenzada la guerra.

El título de la obra supone una toma de posición de parte de la autora. El gobierno francés instalado en Vichy, durante la ocupación alemana, aunque se decía jurídica y soberanamente independiente, respondía puntualmente a los requerimientos que le llegaban de Berlín. Los sufrimientos de la guerra, y la humillación de la sociedad francesa de verse sometida al dominio del continuo enemigo alemán, reavivaron el sentimiento de francofilia del que participaba gran parte de la sociedad argentina.

Ante el escenario planteado por la ocupación, los franceses tuvieron diversas reacciones. Algunos, huyeron a Inglaterra para unirse al general Charles de Gaulle, quien desde Londres llamaba a continuar la lu-

cha por la recuperación del legítimo Estado francés en su famoso manifiesto del “18 de Junio”; otros, decididos a no permanecer en la tierra usurpada, dejaban todo y pasaban clandestinamente al movimiento de Francia libre; pero como la autora afirma, la mayoría de los franceses originarios de la región que el Reich ocupaba, no tuvieron más remedio que plegarse al vencedor en apariencia, aunque íntimamente sufrieran al soportar a un gobierno impuesto por la fuerza, es decir sin legitimidad.

La sociedad argentina, por su parte, testigo de una guerra que seguía por medio de diarios y noticias radiales, se conmovió al saber de bombardeos masivos a poblaciones civiles, y de ese sentimiento humanitario surgieron los esfuerzos que poco a poco fueron coordinándose para brindar ayuda material a las víctimas.

Un grupo formado especialmente con el objeto de brindar asistencia a los franceses y sostener vivo, lo que se entendía, el *verdadero* espíritu de la nación gala, se destaca como nexo entre la Argentina y Francia: el Comité Charles de Gaulle.

Este Comité, formado a imitación de los establecidos en Belgrado y México, es protagonista de dos capítulos y obligada referencia en la mayoría de los once que componen el libro de Pelosi. Al ser el tercero en el mundo, se hace evidente la precoz adhesión a la Francia libre de la opinión pública argentina. Decir que la misma fue unánime en su rechazo al gobierno de Vichy sería peligrosamente simplista, ya que eventos que provocan la desarticulación de una sociedad, no pueden menos que suscitar debates y enfrentamientos en las demás. Pero, la reconstrucción cuidadosamente hecha por la autora, hace evidente que la propaganda *gaullista* gozó de fuertes simpatías en nuestro país desde un primer momento.

La llegada a Buenos Aires del embajador de Vichy en Argentina, Marcel Peyrouton, a comienzos de 1941, constituye una excelente ocasión para conocer la actitud del periodismo argentino ante la Francia colaboracionista. La mayoría de la sociedad argentina simpatizaba con los Aliados y diarios como *La Nación* y *La Prensa* se hacían eco de este sentimiento. El ex-ministro del Interior del gobierno de Petain fue cubierto de apelativos y acusaciones ya que era considerado el “representante de la Anti-Francia”. Y aunque tradicionalmente el recibimiento al embajador francés en Argentina tenía amplia recepción a nivel periodístico, en esta oportunidad, las pocas líneas dedicadas al evento buscaban cerrar filas contra el gobierno de Vichy sujeto a los dictados de Berlín.

El Mariscal Petain, Jefe de Estado francés desde la firma del Armisticio, no perdería tiempo en tratar de atraer para sí simpatías en el orden nacional e internacional y *Vichy no fue Francia* es una excelente oportunidad para explorar el uso de la propaganda en la política.

La llegada de elencos teatrales europeos, y en especial franceses, siempre había sido ocasión de regocijo para los públicos latinoamericanos, en este caso, las giras de la compañía de Louis Jouvet, destacada figura del teatro francés, tienen un rol central en la propaganda cultural. Elizabeth Prévost, primero funcionaria del Ministerio de Propaganda del gobierno de Vichy y luego secretaria de Jouvet, se revela como un personaje fascinante: sospechada de ser agente pro-nazi es implacable a la hora de organizar las funciones que debían presentarse en Buenos Aires y otras ciudades de la región. Estas giras, planeadas y subsidiadas por el gobierno de Vichy, dan muestra de cómo un gobierno autoritario como el de Petain hace de la cultura un instrumento para modelar las mentes y los espíritus de forma tal de intervenir en el campo de la cultura.

Se reconocerá en las páginas de este libro el propósito de la autora de transmitir en toda su complejidad la densa trama de las relaciones diplomáticas entre un país que permaneció neutral durante casi todo el transcurso del conflicto bélico y otro que, ocupado y sometido al Eje, palpitaba también por el anhelo de una Francia libre. El intrincado laberinto planteado por esta situación es afanosamente recorrido en esta obra, dejando ver los momentos de avance y también de retroceso en las relaciones entre Francia y la Argentina.

El capítulo denominado “Un Triángulo Diplomático” resulta sumamente novedoso para el lector. En él, se analiza la actuación del gobierno de Estados Unidos. Una vez más, la autora desarrolla los dos ejes de la relación entre Argentina y Francia, el afectivo y el diplomático, de forma entrelazada. En esta parte del libro se argumenta que, si bien el entusiasmo ante la liberación de París fue instantáneo (siendo un símbolo singular el acto organizado en Buenos Aires para celebrar el acontecimiento), la reanudación de las recientemente interrumpidas relaciones diplomáticas entre nuestro país y la nación francesa tuvo que someterse a un proceso muy dificultoso.

En el nuevo escenario de post-guerra, Estados Unidos condicionará las relaciones internacionales y *permitirá* la reanudación de las relaciones entre el gobierno del general Edelmiro Farrell y el gobier-

no del general de Gaulle sólo después de que el norteamericano reconociera al presidente argentino, surgido de una revolución.

Asistimos de esta manera, a la reactualización del vínculo entre ambos países, así como también a la inquebrantable voluntad de mantener viva la identificación con Francia, emblema de libertad y brillo cultural. Ya sea reproduciendo los titulares de los principales diarios nacionales ante la noticia de la ocupación, o a través de la rica impronta de las revistas destinadas a la colectividad francesa en la Argentina, la autora nos acerca a la primera mitad de la década de 1940, cuando el país buscaba su posición en un mundo desgarrado por la guerra. En esta búsqueda, intentaba no caer en la trampa de confundir un gobierno colaboracionista con una nación mientras intentaba mantener las relaciones internacionales con Francia en un marco de legalidad.

MARÍA VICTORIA CARSEN